

¿El año de la derrota?

José Luis Gordillo

Le voy a preguntar [a Bush]: ¿dime cuál es la causa noble por la cuál murió mi hijo? Si responde la libertad y la democracia, le voy a decir: ¡dime la verdad!, dime que mi hijo murió por el petróleo, dime que mi hijo murió para hacer a tus amigos más ricos; dime que mi hijo murió para promover el cáncer de la paxamericana, del imperialismo en el Oriente Medio; dime eso y no que murió por la libertad y la democracia.» Cindy Sheehan, madre de un soldado norteamericano muerto en Iraq y activista antiguerra.

El petróleo es la base y fundamento sobre lo que se sustenta todo el edificio de la economía mundial.

Dick Cheney, vicepresidente de los EE UU

Un movimiento a velocidad de crucero

En un artículo sobre la oleada de movilizaciones entre 2002 y 2005, publicado en la edición del año pasado de este Anuario, se estimaba que el movimiento antiguerra ibérico se podía considerar desaparecido en combate tras la decisión de retirar las tropas españolas de Iraq. En términos generales, eso es verdad por lo que se refiere a las movilizaciones multitudinarias, pero sería erróneo deducir de ahí que la protesta antibélica ya es cosa del pasado.

Lo primero que se debe tener en cuenta es que, desde el 2001, de lo que venimos hablando es de un movimiento internacional en el seno del cual se producen muchos efectos de retroalimentación, positiva y negativa, entre lo que sucede en una parte y otra del mundo. Lo segundo, que el movimiento ha tenido un seguimiento desigual en las diferentes regiones del planeta y en las diferentes etapas políticas por las que ha atravesado cada país en concreto. El 15 de febrero de 2003, las manifestaciones fueron por ejemplo muy numerosas en Italia, Gran Bretaña y la España de Aznar. Menos lo fueron, en cambio, en Francia o en Alemania, dado que sus gobiernos ya habían adoptado una posición crítica ante la guerra que era compartida por muchos de sus ciudadanos. En España, la derrota del PP del 2004 tuvo un efecto desmovilizador en todos los ámbitos de la izquierda social y, al mismo tiempo, constituyó un fuerte revulsivo para la base sociológica de la derecha radical. Ésta se puso en movimiento durante el 2005, impulsando una campaña de movilización social que ha tenido un éxito notable. «La derecha en la calle» podría ser un buen titular para resumir la evolución y el sentido de las movilizaciones más masivas del año pasado.

En cualquier caso, el movimiento antiguerra volvió a hacerse oír en más de 30 países entre el 19 y el 20 de marzo, esto es, con motivo del segundo aniversario de la invasión de Iraq. Nuevamente se trató de un llamamiento hecho desde el Foro Social Mundial que se acabó materializando en alrededor de 300 manifestaciones. La asistencia a las mismas fue notablemente inferior a la de los años anteriores.

En Europa hubo manifestaciones, entre otras ciudades, en Roma (10.000 personas), Bruselas (60.000), Londres (45.000), Estambul (15.000 personas), Atenas (3.000), Varsovia (500), Esto-colmo (300) y Oslo (400). Fuera de Europa, las movilizaciones fueron numerosas en Estados Unidos y en los países islámicos. Menos lo fueron, en cambio, en América Latina y en Asia. En España hubo manifestaciones y

concentraciones significativas, entre otros lugares, en Madrid, Barcelona, Donostia, Zaragoza, Palma de Mallorca y Tarragona. El rechazo a la intervención occidental en Oriente Medio volvió a estar presente en las manifestaciones convocadas en Barcelona, en junio y en noviembre, como parte del programa de actos del Foro Social del Mediterráneo y de la contracumbre Euromediterránea, respectivamente.

Por otro lado, como viene siendo habitual desde el surgimiento del movimiento altermundista, las reuniones de los mandamases del mundo se vieron acorraladas por acciones de protestas dirigidas contra la globalización económica y el imperialismo occidental. Así ocurrió, a principios de julio, en la reunión del G-8 en Gleneagles (Escocia) —la cual se vio abruptamente interrumpida por los atentados de Londres del 7 de julio— y volvió a repetirse a principios de noviembre en Mar del Plata (Argentina), con motivo de la IV Cumbre de las Américas en la que Bush intentó resucitar el ALCA. Asimismo, el antiimperialismo estuvo presente en las protestas contra la reunión de la OMC en Hong Kong celebrada a mediados de diciembre.

De hecho, a Bush, desde hace tres o cuatro años, le resulta difícil hacer viajes internacionales sin que éstos vayan acompañados de manifestaciones y disturbios. En 2005 se ha añadido una novedad a este fenómeno: le ha empezado a suceder lo mismo en su propio país. El 6 de agosto, Cindy Sheehan, la madre de un soldado muerto en Iraq, decidió acampar delante del lugar donde Bush pasaba sus vacaciones. Su pretensión inicial era ser recibida por el Presidente. La negativa de éste a hacerlo y la tenaz determinación de Sheehan de permanecer acampada, atrajeron la atención de los medios de comunicación. De forma inmediata Sheehan recibió el apoyo de otras madres de soldados, de veteranos y de una multitud de grupos y organizaciones contrarias a la ocupación de Iraq. En septiembre, Sheehan viajó durante tres semanas por los Estados Unidos con el objetivo de llamar a una participación masiva en la manifestación convocada en Washington para el 23 del mismo mes. Tuvo un gran éxito, pues más de 100.000 personas se congregaron ese día en la capital norteamericana. Pero todavía fue más impresionante que dicha manifestación estuviese precedida por 1.600 concentraciones en otras tantas ciudades y pueblos de los Estados Unidos y que suscitara concentraciones de solidaridad en Londres, Florencia, Roma, París y Madrid. El movimiento impulsado por Sheehan contribuyó decisivamente a la caída en picado de la popularidad de Bush. En el último trimestre del año, ésta se situaba ya por debajo del 40%.

Otra actividad impulsada por el movimiento fue la celebración en junio en Estambul de la sesión final del Tribunal Internacional sobre Iraq.^[1] Con ella se ponía fin a un proceso iniciado en Bruselas, en marzo de 2004, con el que se ha pretendido juzgar moral, política y jurídicamente la actuación en Iraq de la coalición dirigida por EEUU. A la primera sesión de Bruselas le siguieron otras en Barcelona, Copenhague, Donostia, Estambul, Estocolmo, Génova, Gijón, Hiroshima, Iruña, Lisboa, Londres, Madrid, Málaga, Mumbai, Nueva York, Östersund, Oviedo, París, Roma, Seúl, Túnez, Valencia y varias ciudades japonesas y alemanas. En cada una de esas sesiones se examinaron diferentes aspectos de la invasión y la ocupación y se emitieron dictámenes al respecto. Se trataba, claro está, de un Tribunal de opinión no vinculante, formado a imagen y semejanza de los Tribunales Russell de los años 60, con el que se ha intentado paliar la inactividad, inutilidad e impotencia de los tribunales y las organizaciones internacionales existentes.

¿Qué está en juego en Oriente Medio?

En este momento hay alrededor de 23 conflictos en el mundo que merecen el calificativo de «guerras». La de Iraq no es más, por tanto, que una de las muchas carnicerías que asolan el planeta. Sin embargo, es la que más protestas ha suscitado en los últimos años. ¿Es acertado y justo que los pacifistas y altermundistas continúen promoviendo movilizaciones contra esa guerra de forma preferente? ¿No deberían los «verdaderos» alternativos dedicar todas sus energías a actuar contra todas las guerras y contra todo aquello que las hace posible?

A esta última pregunta, de entrada, sólo se puede responder que sí, que habría que intentar detener todas las guerras y desactivar todo lo que hace viable que éstas lleguen a estallar. Pero un mínimo sentido de la realidad sugiere que eso es una empresa quimérica si se pretende alcanzar de forma simultánea. Un movimiento que se tome en serio ese objetivo sabe que sólo se puede conseguir si se empieza por una guerra y se continúa después con otra. Claro que entonces se plantea un problema nada fácil de resolver: ¿por cuál empezar?, ¿cuál de esas 23 guerras debe figurar en el primer puesto de la lista?, ¿y a partir de qué criterios se debe elaborar esa hipotética lista?

Un criterio razonable es el siguiente: las guerras comienzan y acaban por decisiones políticas de alguna o de todas las partes enfrentadas en ellas. Por consiguiente, una de las actividades preferentes del movimiento por la paz es intentar influir en aquellas decisiones que impidan su estallido o que hagan factible el cese inmediato de los combates y la consecución, a corto o medio plazo, de una paz justa.

Ahora bien, en este mundo desigual, los centros de poder realmente influyentes también están desigualmente repartidos. El poder militar y económico se concentra en unos pocos Estados. Basta recordar, por un lado, que el máximo órgano ejecutivo del que depende la paz y la seguridad del mundo, el Consejo de Seguridad de NN UU, cuenta con 5 miembros permanentes con derecho a veto; por el otro, que esos 5 Estados poseen la industria militar tecnológicamente más avanzada, son los principales exportadores de armas, concentran el mayor poder de destrucción y consumen más de las tres cuartas partes del gasto militar mundial. Su poder no es omnímodo, pero si se ponen de acuerdo pueden conseguir mucho más que lo que pueden conseguir el resto de los Estados del planeta. Este hecho determina que sea mucho más eficaz intentar influir en sus decisiones que no en las de aquellos Estados que ocupan un lugar subordinado o marginal en el sistema económico y político mundial. Asimismo, otorga una especial responsabilidad a las personas que están gobernadas por las grandes potencias, pues de lo que hagan o dejen de hacer depende que esos Estados actúen a favor o en contra de la paz. Por otra parte, si esos Estados afirman ser democráticos eso significa, por un lado, que todo lo que hacen es el resultado de decisiones tomadas «en nombre del pueblo»; por el otro, se supone que en ellos hay mecanismos y procedimientos legales que pueden hacer posible cambiar o frenar las políticas belicistas. Por eso, en el caso de la guerra provocada por la invasión y ocupación de Iraq, quién más responsabilidad tiene es la población norteamericana, seguida de la europea, ya que Iraq fue invadido asimismo por europeos y está ocupado ahora por tropas norteamericanas, europeas (de 10 Estados pertenecientes a la UE: Gran Bretaña, Italia, Polonia, Dinamarca, Holanda, Letonia, República Checa, Eslovaquia, Estonia y Noruega) y de otros 12 Estados de otras partes del mundo (Corea del Sur, Georgia, Japón, El Salvador, Australia, Mongolia, Azerbaiyán, Albania, Armenia, Macedonia, Kazajastán y Singapur). Todos

ellos pretenden representar a la «comunidad internacional» y dicen ser una «fuerza multinacional bajo mando unificado» que está allí para aplicar varias resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU. Esas resoluciones fueron aprobadas con el voto afirmativo de los miembros permanentes y no permanentes del Consejo (entre los que, por cierto, estuvo España en 2003 y en 2004, primero con el PP y después con el PSOE en el gobierno). La legalización de la ocupación por la ONU convierte las atrocidades que cada día llevan a cabo los ocupantes de Iraq en crímenes cometidos «en nombre de la humanidad», es decir, en mi nombre y en el tuyo, querido/a lector/a.

¿Explicarán los historiadores del futuro que las guerras del petróleo de principios del siglo XXI provocaron la muerte de la ONU y del Derecho Internacional público surgido tras la Segunda Guerra Mundial? No podemos contestar a esa pregunta porque todavía no disponemos de la suficiente perspectiva como para poder afirmar con rotundidad que la ocupación de Iraq va a tener para la ONU la misma consecuencia letal que tuvo para la Sociedad de Naciones la anexión de Etiopía o de Austria. En cualquier caso, mientras la ONU no desaparezca y no sea sustituida por otra organización, todo lo que hace lo hace en nombre de la comunidad internacional.

Todos los Estados de la OTAN también están involucrados en la ocupación, en primera fila o en la última fila representando el papel del soldado «remolón», después de que dicha organización asumiera la tarea de adiestrar a la nueva policía y al nuevo ejército «cipayo» de Iraq. Asimismo, todos los países en los que hay bases americanas tienen otra cuota de responsabilidad añadida, ya que siempre podrían seguir el ejemplo de Turquía en 2003 y no permitir su uso para agredir a Iraq.

Todo lo anterior ya justificaría, por sí sólo, la necesidad de continuar convocando acciones de solidaridad con la población de Iraq. Pero es que a ello hay que añadir, además, el que es en realidad el motivo más relevante para oponerse a la guerra de Mesopotamia.

El movimiento antiguerra se ha destacado por señalar el control del petróleo como la causa principal del imperialismo occidental en Oriente Medio; aunque tal vez no ha sabido explicar con claridad la trascendencia de este asunto o, al menos, no lo ha sabido hacer tan bien como Dick Cheney en una conferencia que pronunció en el Instituto del Petróleo de Londres, en el otoño de 1999, cuando aún era Jefe ejecutivo de la empresa Halliburton y no había pasado todavía al otro lado de la puerta giratoria que comunica el mundo de las grandes corporaciones con el de la alta política estadounidense (algo que haría veinticuatro meses después y que le llevaría a convertirse en el verdadero cerebro de la *Junta* de Bush). Una puerta, por cierto, cuyo umbral ha atravesado varias veces en una y en otra dirección a lo largo de su carrera político-empresarial. Antes de ser ejecutivo de Halliburton, Cheney fue, por ejemplo, Secretario de Defensa durante la Guerra del Golfo de 1991.

Dos años antes de las guerras de Afganistán e Iraq, Cheney recordaba en su conferencia la siguiente obviedad: «El petróleo es algo único y por eso es un recurso natural tan estratégico. No estamos hablando aquí de jabón en escamas o de ropa de andar por casa. La energía es algo verdaderamente fundamental para la economía mundial. La Guerra del Golfo [la de 1991] ha sido un fiel reflejo de esta realidad».^[2] Tan fundamental le parecía que afirmaba poco después: «El petróleo es la base y fundamento sobre lo que se sustenta todo el edificio de la economía mundial».

Por otra parte, como buen conocedor del mercado del oro negro, Cheney ya mostraba entonces tener mucha consciencia sobre cuáles iban a ser los principales problemas en el futuro inmediato: «Por lo que respecta al mundo, se espera de las compañías petrolíferas que mantengan los descubrimientos y desarrollen suficiente crudo como para compensar los más de 71 millones de barriles que se agotan cada día, además de encontrar los que satisfagan la nueva demanda. En efecto, algunos estiman que la demanda mundial de petróleo sufrirá un aumento de un 2% anual durante los próximos años mientras que simultáneamente se producirá un declive mínimo de un 3% en la producción por el agotamiento de las actuales reservas. Esto quiere decir que para el 2010 necesitaremos del orden de 50 millones de barriles adicionales cada día. ¿De dónde va a salir este petróleo?» Como se puede ver Cheney exponía, con una claridad abrumadora, lo que ahora se denomina el sobrepasamiento del *peak oil* o cenit de la extracción mundial de petróleo. No obstante, para lo que aquí nos ocupa, tan interesante es tomar nota de eso como de la respuesta que dio entonces a su propia pregunta sobre dónde encontrar el petróleo que el mundo iba a necesitar a diez años vista. Según Cheney (las cursivas son mías), «Mientras muchas regiones del mundo ofrecen grandes oportunidades para los negocios petrolíferos, *Oriente Medio es el lugar donde todavía se encuentra el premio más grande* con los dos tercios del petróleo mundial y de más bajo costo, pero aunque *las compañías están ansiosas por tener un mayor acceso*, los progresos que se hacen continúan siendo escasos.» Estas palabras anuncian tanto la penetración norteamericana en Asia central como, sobre todo, el proyecto del Gran Oriente Medio del que habla Bush y, por tanto, la invasión de Iraq, el apoyo a Sharon y la actual política de hostigamiento a Siria y a Iran que puede ser el preámbulo de nuevas intervenciones militares.

Ante la perspectiva del final de la era del petróleo abundante y barato, que este año se ha empezado a reflejar en las subidas continuas del precio del barril, lo único que se les ocurre a los mandarines estadounidenses es reforzar su control sobre las zonas del planeta ricas en petróleo para, de este modo, alcanzar una ventaja geoestratégica en el corto plazo. Con el fin de lograr ese objetivo gastan miles de millones de dólares y sacrifican centenares de miles de vidas humanas, aun sabiendo que se trata un recurso escaso, agotable y cuya combustión es responsable de la emisión de la quinta parte de los gases de efecto invernadero causantes de un cambio climático de consecuencias devastadoras (como se ha podido comprobar en los propios EEUU con el huracán Katrina). Se trata, huelga decirlo, de una línea de actuación criminal, insensata y ecocida.

En líneas generales, la oligarquía política y empresarial de la Unión Europea comparte y apoya ese proyecto tan «realista». Las discrepancias que algunos Estados de la UE han podido expresar en el pasado reciente con la política imperialista norteamericana, como sería el caso de Francia y Alemania en 2003, no han sido de fondo, sino sobre los *criterios de reparto* del petróleo y de la influencia política en Oriente Medio. Por otro lado, tampoco los dirigentes europeos se atreven a apostar resueltamente por la única alternativa sostenible y deseable, a saber: el desarrollo de las energías renovables que, de todas formas, debe ir acompañado de transformaciones sustanciales en muchos ámbitos, como en el del consumo, el transporte, la tecnología, el urbanismo o incluso el de las expectativas vitales de las personas, es decir, de un auténtico cambio civilizatorio.

¿Podemos decir que todo eso no nos concierne? No lo podemos decir como tampoco podemos afirmar que la guerra de Iraq es para nosotros y para el futuro del planeta como las 22 guerras restantes.

¿Qué es ganar y qué es perder?

El ejército de los EE UU es el brazo armado de la globalización empresarial. Su victoria en Iraq será también la victoria de las grandes empresas multinacionales y de sus órganos de gobierno mundial; sentará un precedente que podrá ser utilizado en el futuro como amenaza en las negociaciones entre dirigentes del Norte y del Sur. Por el contrario, si los EE UU son derrotados en Iraq, el recuerdo de esa derrota podrá ser invocado por los dirigentes de los países del Sur y por todos los antiimperialistas del mundo, como otro precedente más (junto a los de Argelia, Vietnam, Líbano o Somalia, por ejemplo) que recuerda que hay unos límites *de facto* que los dirigentes políticos del Norte no pueden traspasar. Un hecho así podría abrir la posibilidad de un orden multipolar más justo que el que se podría configurar si los gobiernos de Estados Unidos, Gran Bretaña y sus aliados consiguen «vencer» en Iraq.

Ahora bien, ¿qué puede ser para Bush, Cheney, Rumsfeld, Blair y compañía «vencer» en Iraq? La guerra es la continuación de la política por otros medios, decía Clausewitz. Eso significa que el concepto de victoria y derrota es esencialmente político y/o económico, no militar. El uso de los medios militares se puede considerar eficaz y exitoso si con ellos se consigue alcanzar un determinado objetivo político o una ventaja económica; si en cambio esto no sucede, se puede hablar abiertamente de derrota. El siglo XX, en ese sentido, ha dejado como herencia una gran paradoja: ha mostrado, no una vez sino varias, que la superioridad en medios militares no garantiza la victoria en una guerra. Esa es la gran lección que se puede extraer, por ejemplo, de las luchas anticoloniales de la pasada centuria.

A lo largo de 2005 se ha intentado aplicar en Iraq toda una serie de medidas políticas tendentes a alcanzar la primera condición necesaria para poder empezar a hablar de «victoria», a saber: establecer un gobierno que, sin dejar de ser vasallo de EE UU, fuera al mismo tiempo reconocido como legítimo por la comunidad internacional. Para ello se han celebrado elecciones, se ha redactado una nueva Constitución y se ha convocado un referéndum para aprobarla. Cada uno de esos acontecimientos han sido presentados por los ocupantes, al igual que ya hicieron con anterioridad con la captura de Sadam Hussein, con el ficticio traspaso de soberanía de la Autoridad Provisional al gobierno interino y con la reconquista de Faluya, como hitos históricos en el proceso hacia la democracia que iban a contribuir a reducir los ataques de la insurgencia y a estabilizar el país. Sin embargo, lejos de disminuir, la actividad de la insurgencia se ha incrementado. Ninguna de esas medidas ha llevado la paz y la estabilidad a Iraq o, al menos, a un descenso de la violencia que permita a EE UU reducir el número de sus efectivos militares. Es oportuno recordar que la previsión inicial fue que la ocupación militar durase, como mucho, un año y medio (si nos hemos de creer los planes que Bush hizo públicos a principios de 2003, ver *El País*, 7-1-03). Tres años después, el doble del tiempo anunciado, nadie en la Casa Blanca se atreve a proclamar que ya se han conseguido los objetivos políticos y económicos de la invasión. Es más: comienzan a aparecer voces del propio complejo militar-industrial, como la del congresista demócrata John Murtha, un *halcón* muy ligado a un sector de la alta oficialidad del Pentágono, que proponen la salida inmediata de las tropas norteamericanas por

considerar que el ejército está al borde del colapso y por estimar que para los intereses estadounidenses es mucho más negativa la permanencia que la retirada. Pretenden seguir, pues, los pasos de los trece Estados que ya han tomado esa decisión (Nicaragua, España, República Dominicana, Honduras, Filipinas, Tailandia, Nueva Zelanda, Reino de Tonga, Hungría, Portugal, Moldavia, Bulgaria y Ucrania), la cual, a la vista de la situación en Iraq, cada día que pasa les parece más acertada a esos sectores del Pentágono que nada tienen que ver con el pacifismo y el antiimperialismo.

No se debe olvidar que esta aventura neocolonial le puede costar al presupuesto estadounidense entre uno y dos billones de dólares, según un informe de Joseph Stiglitz, y que este año de cambios políticos en Iraq ha arrojado unos resultados cuando menos diferentes a los deseados al inicio de la ocupación. Después de la llegada de las tropas norteamericanas a Bagdad, el 9 de abril de 2003, Donald Rumsfeld declaró: «Una minoría que está haciendo mucho ruido, pidiendo transformar Iraq a imagen de Irán, no va a ser admitida. Lo de Irán es otra forma de dictadura» (*El País*, 26-4-03); así como: «Si se refiere a qué nos parecería que hubiera un gobierno de corte iraní con los clérigos controlando el país, la respuesta es eso no va a ocurrir» (*El País*, 26-4-03); y también: «EE UU no aceptará un régimen islámico en Iraq, ni aunque fuera el deseo mayoritario de los iraquíes expresado en las urnas» (*El País*, 22-4-03). Tres años después, el primer gobierno iraquí que los EE UU dicen que es «democrático» es un gobierno controlado por los clérigos chiitas. La Constitución del «nuevo» Iraq, que los americanos y sus propagandistas presentan como uno de los grandes logros de la invasión, afirma en su artículo 2 que el Islam es la religión oficial del Estado y una fuente básica de su legislación; para añadir a continuación que no se podrá aprobar ninguna ley contraria a las leyes del Islam. Esto último se intenta paliar con la afirmación posterior

de que tampoco se podrá aprobar ninguna ley contraria a los principios de la democracia, pero se trata de un precepto que se da de bofetadas con el anterior y que, por eso, va a ser una fuente permanente de conflictos. Éstos serán resueltos en última instancia, según el artículo 90 de la misma Constitución, por una Corte Federal Suprema formada en parte por «expertos» (teólogos y clérigos) en *Sharia*, en ley islámica. Con la entrada en vigor de esta Constitución, a todos los efectos se puede considerar a Iraq como una República Islámica, cuyos nuevos dirigentes tienen, además, muy buenas relaciones con los *ayatolas* de Irán, el gran enemigo de los EE UU e Israel en la zona. Por esta razón hay quien ha visto en este desenlace un aumento de la influencia de Irán en Oriente Medio en detrimento de la estadounidense. En forma un tanto humorística, eso se ha explicado diciendo que «La guerra de Iraq ya se ha acabado; la ha perdido Estados Unidos y la ha ganado Irán».

Sea ese u otro su resultado político, no hay dudas en cambio sobre quiénes son los que se han llevado la peor parte de este aquelarre sangriento. En 1990, Iraq se encontraba en el puesto 54 en el ranking de países ordenados según el índice de desarrollo humano de la ONU. Diez años de guerras y sanciones le hicieron retroceder hasta el puesto 117, que es el lugar que ocupaba en el informe de 2001, antes de la invasión y la

ocupación. En este momento se calcula que el lugar que le corresponde es el 123. Una sociedad rica en petróleo, medianamente próspera, se ha convertido en una sociedad de parados y hambrientos, caótica y violenta, en la que el 92% de las casas iraquíes no tienen un suministro estable de electricidad, en donde el 50% de la población no tiene suministro seguro de agua potable, donde el 25% de los niños padece desnutrición

crónica. Nada puede justificar una catástrofe de estas dimensiones. Y todavía menos una sarta de mentiras difundidas para encubrir el mefistofélico deseo de alargar unos pocos decenios más la pervivencia de las sociedades del despilfarro del Norte.

El movimiento por la paz debe continuar activo. El descarrilamiento de la ocupación de Iraq no pondrá, por desgracia, punto final a las guerras del petróleo, aunque en lo inmediato comporte un serio contratiempo para los planes estadounidenses en Oriente Medio. Iraq sólo ha sido el primer *round* de un largo combate que no ha hecho más que empezar. Es un indicador de ello el hecho de que el 2005 se acabase con nuevas amenazas contra Irán lanzadas al unísono por todos los gobernantes occidentales y por toda la prensa *mainstream*, la cual, a pesar de todas las mentiras y los crímenes de los últimos años, sigue poniéndose en posición de firmes cada vez que escucha la voz de mando del Comandante en Jefe.

[1] La declaración final de Estambul se puede encontrar en la página web de la CEOSI (Campaña Estatal contra la Ocupación y por la Soberanía de Iraq), www.iraqsolidaridad.org.

[2] Dicho por el que fuera entonces el Secretario de Defensa de EE UU, no deja de ser una confesión fidedigna sobre los verdaderos motivos de aquella guerra, que bien poco tuvieron que ver con la defensa del Derecho Internacional como la quisieron ver algunos. El discurso de Cheney se puede encontrar en [¡Error! Referencia de hipervínculo no válida.](#)